



TALLER FE Y POLÍTICA (MTC-México)

Reflexión por Padre José Antonio Noval en el taller de Fe Y Política, realizado 22 y 23 de junio en México.

Suele decirse con mucha frecuencia, en bastantes ambientes, que fe y política son dos mundos diferentes y no deben confundirse. Se dice también que la misión de la Iglesia es puramente espiritual, que cuando se entra en cuestiones concretas de política, y se toma una postura, se coarta la libertad de los creyentes y se rompe la unidad de la Iglesia. Y se repite aquello de “Dad al César lo que es del César y a Dios...” O aquellas otras palabras de “mi reino no es de este mundo”.

Así que se nos propone desde esos sectores, una fe neutra, apolítica, abstracta; cada cual puede libremente tomar su opción política, la que más le agrade, o no tomar ninguna... (Hace pocas semanas, el ilustre presidente Morales decía, a propósito del documento publicado por la Conferencia Episcopal de Guatemala “La dictadura de la corrupción”: “La función de la Iglesia no es hacer política, la función de la Iglesia en todo caso será evangelizar, dar las buenas nuevas, trabajar el espíritu de las personas...” *Prensa Libre, 8/III/18*)

También se dice frecuentemente, en otros ambientes, que la fe es algo más que ir a misa, y participar de las ceremonias litúrgicas, bodas, funerales, bautizos... Y se dice que creer es comprometerse, y que el reino de Dios exige una toma de postura en favor de los pequeños y de los pobres...

Valgan estas líneas como entrada para el tema que se nos ha propuesto.

Aceptamos todos que política es todo aquello que se refiere al bien común de la sociedad. Cuando una persona participa en la vida social decimos que hace política. Por ejemplo, cuando se busca construir un centro de salud, o abrir una carretera para facilitar la comunicación de unos pueblos, o se trabaja en una traída de agua, o en la mejora de una escuela, estamos haciendo política social. Participar en una manifestación, reclamando tierra para una comunidad, o para denunciar la corrupción de una municipalidad, o el incumplimiento del compromiso adquirido por el gobierno en la reconstrucción tras el terremoto, eso entra dentro de lo que consideramos política. Estamos hablando de la búsqueda del bien común. Eso es política.

Y, al hablar de política, tenemos que mencionar la política partidaria. Convencidos de que, para conseguir el bien común, es preciso hacerse con el poder, muchos y muchas entran a formar parte de un partido político. Desde él tratan de llegar al gobierno, o de influir sobre el gobierno, para conducirlo en la dirección más acorde con su programa político. Programa o proyecto que puede reflejar los intereses de una parte de la sociedad, o puede buscar el bien de aquella porción de la población que está más desfavorecida. Y entre esas diferentes propuestas de los diversos partidos, habrá que elegir.

Pero no solo desde un partido político se participa en política. Es más hoy ha crecido la opinión entre la gente, según la cual la política no debe dejarse en manos de los políticos. Y no es necesario integrar un partido para participar en la política. También es posible organizarse para controlar más eficazmente a quienes participan en partidos, en el gobierno, en las instituciones públicas. Y han nacido en las últimas décadas consejos de ciudadanos, asociaciones que van constituyendo eso que llamamos la “sociedad civil”. Desde ahí se lucha por los derechos ciudadanos, por controlar a los propios partidos políticos, por la transparencia en la administración de

Reflexión por Padre José Antonio Noval en el taller de Fe Y Política, realizado 22 y 23 de junio en México.

los bienes públicos, por el cuidado del medio ambiente, etc. Se puede hacer política sin necesidad de entrar en partidos, asociándose a los esfuerzos y campañas de la sociedad civil.

Es cierto que el desprestigio en que han caído bastantes de los partidos políticos, y de quienes han llegado a participar de los diferentes niveles del gobierno ha hecho que sean muchos y muchas los que se niegan a saber nada de esa política. Se niegan a “mancharse las manos”. Es muy difícil salir del poder con las manos limpias, se piensa.

Pero también es cierto que en una sociedad injusta, no participar en la política es dejar que las cosas queden como están; en la práctica es tomar partido por quien desea que la injusticia continúe. Por eso, ya en los años sesenta decía el cardenal Arns, de Sao Paulo: *“La peor forma de hacer política es no hacer política”*. Y se lo decía a quienes lo criticaban porque *“religión y política no se deben mezclar”*. Y como me viene a la cabeza en este momento algo que leí de Bertolt Brecht, tan preocupado en su vida por la justicia, y es así de cierto, gústenos o no, voy a citarlo: *“El peor analfabeto es el analfabeto político. No oye, no habla, no participa de los acontecimientos políticos. No sabe que el costo de la vida, el precio de las alubias, del pan, de la harina, del vestido, del zapato y de los remedios, dependen de decisiones políticas. El analfabeto político es una persona torpe que se enorgullece y ensancha el pecho diciendo que odia la política. No sabe que de su ignorancia nace la prostituta, el niño abandonado y el peor de todos los bandidos, que es el político corrupto, mequetrefe y lacayo de sus financistas que lo perfilan como el peor servil”*

La fe tiene que ver con Dios, pero los creyentes vivimos en medio de una sociedad y creemos que Dios quiere que todos y todas vivamos dignamente. Y es verdad que una parte de esa relación con Dios se vive en la oración, en las celebraciones, en las lecturas de la Biblia. Pero también está la otra parte: la fe se expresa en la práctica de la justicia, de la solidaridad y de la denuncia de toda opresión e inhumanidad. Es decir, la fe se pone de manifiesto en la ética, en nuestro modo de vivir junto a los otros, en nuestra manera de compartir, en nuestra forma de compadecernos con los más desprotegidos, los olvidados y apaleados de la vida. Es más, la Biblia da preferencia a preferencia a la ética sobre el culto. Son las obras, la vida, y no las palabras y las oraciones, lo más importante. *Es más, en la preocupación por los otros, en lo que se haga por los otros, en la compasión por los otros, se encuentra la verdad de nuestra relación con Dios: “Porque tuve hambre y...” “La Palabra de Dios enseña que en el hermano está la permanente prolongación de la Encarnación para cada uno de nosotros: Lo que hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, los hicisteis a mí. Lo que hagamos con los demás tiene una dimensión trascendente”*. (Papa Francisco en la “Evangelii Gaudium”)

No es el “Señor, Señor”, sino el hacer la voluntad del Padre que es amor, misericordia, justicia, cosas todas ellas prácticas, y por tanto éticas, como participar en una manifestación obrera, luchar contra una forma de servidumbre desde una organización campesina, pelear en un grupo de derechos humanos, o denunciar un sistema político-económico “que mata y produce descartes y exclusiones”.

En el documento de Puebla los obispos afirmaban: *“La Iglesia siente como su deber y derecho estar presente en este campo de la realidad: porque el cristianismo debe evangelizar la totalidad de la existencia humana, incluida la dimensión política. Critica por esto a quienes tienden a reducir el espacio de la fe a la vida personal o familiar, excluyendo el orden profesional, económico, social y político, como si el pecado, el amor, la oración y el perdón no tuviesen allí relevancia”*.

Reflexión por Padre José Antonio Noval en el taller de Fe Y Política, realizado 22 y 23 de junio en México.

En lo concreto, fe y política se encuentran juntas en la vida de las personas. La política es una dimensión de la fe concreta de la persona en la medida en que vive la fe sobre esas dos caras: fe como culto y fe como ética, como práctica de justicia y como espiritualidad. La fe incluye la política, es decir: una mujer cristiana, un hombre cristiano, por el hecho de serlo, debe comprometerse con la justicia y con el bienestar social; también debe optar por programas y personas que se aproximen lo más posible a aquello que entendió ser el proyecto de Jesús, el proyecto de Dios en la historia. Y para dar pie a un posible diálogo que podamos entablar, recordemos algunas cosas.

Claro que la fe trasciende la política, no se encierra solo en la política; (bien que se lo han recordado a los teólogos de la liberación, a pesar de que ellos nunca lo habían olvidado) porque se refiere también a la vida eterna, a una vida en plenitud, al misterio de la muerte, a la transformación del universo, cosa que ninguna política social y ningún partido o Estado pueden prometer. Nosotros queremos una sociedad justa y fraterna y al mismo tiempo queremos una vida sin fin, y feliz, siempre y totalmente. Pero la fe no es solamente buena para presentarnos una promesa; es buena también para inspirar una sociedad humana, justa y tolerante. Y quiero citar aquí a un gran escritorista y teólogo, Juan Mateos, en uno de sus muchos escritos, porque a veces parece como que estuviéramos descubriendo lo que ya tantas veces se nos dijo desde tantas tribunas y desde tantos compromisos serios: *“Todo lo que sea separar a Dios del hombre, -que es el peligro de todas las religiones- es un equívoco. Pensar que uno puede honrar y dar culto a Dios sin preocuparse de lo demás no es creer el Dios de Jesús. No es válido para un cristiano. Amar a Dios se demuestra amando al prójimo, y si no se ama al prójimo no se ama a Dios. Ante actitudes como esas, hace falta una teología que nos haga tomar conciencia de que Dios no tolera la injusticia. Esa es lo que pretende la **teología de la liberación**. Por lo tanto donde haya injusticia hay que remediarla, sea del hambre o de la ignorancia. Dicho esto, Hay que resaltar que el Dios verdadero no puede ser indiferente al dolor del hombre, y hay que decirlo clarísimamente”*

Y digamos aquí algo que es obvio: del Evangelio no se deduce directamente el apoyo a un determinado partido ni el deber de votar a una persona, ni cuánto debe ser el salario mínimo. (Pero eso no quiere decir que todo valga, y que se pueda votar por cualquiera, y que por salvar la “sagrada” libertad de todo cristiano la Iglesia tenga que callarse y dejar de denunciar al criminal y corrupto que trata de hacerse con el poder). El Evangelio no ofrece soluciones, sino inspiraciones para que se pueda escoger bien un partido y decidir un salario digno, o diseñar una reforma agraria. Pero para eso se necesitan herramientas adecuadas de análisis de la realidad social, movimientos e instituciones, partidos y programas que permiten dar cuerpo a la fe como práctica ética.

Y, ya que nos movemos en estos países en que el peso de las iglesias se hace notar tanto en ocasiones, recordemos alguna advertencias que un importante teólogo latinoamericano nos hacía, a la hora de pensar en nuestro compromiso político desde nuestra pertenencia a una iglesia. El laico es miembro del Pueblo de Dios y de la comunidad cristiana. Es un ciudadano cualificado por la fe y por la militancia. Iluminado por su fe, puede y debe hacer política partidaria si así lo ha decidido. Por tanto, no recibe órdenes de los obispos y de los sacerdotes para apoyar determinado partido (política cristiana). La política debe ser laica y no clerical. La fe cristiana y el evangelio ofrecen criterios de orientación política, algunos de los cuales queremos enumerar.

La nuestra, tiene que ser una política liberadora: no basta reformar la sociedad que está ahí; importa construir otro modelo de sociedad que permita más inclusión mediante la participación, la justicia social y la dignidad; la liberación requiere tal proyecto, cosa que una simple reforma no consigue. La postura tan clara del papa Francisco ante el sistema global en que nos movemos, probablemente la primera vez que un papa se define frente al neoliberalismo con palabras tan duras y decisivas, nos sirven de pista.

Reflexión por Padre José Antonio Noval en el taller de Fe Y Política, realizado 22 y 23 de junio en México.

Una política liberadora a partir de las mayorías pobres y excluidas: debe comenzar bien abajo, para no dejar a nadie fuera; si comenzara por los asalariados o por la burguesía, dejaría fuera, de entrada, a casi la mitad de la población...; *“Tanto la experiencia común de la vida ordinaria como la investigación científica demuestran que los más graves efectos de todas las agresiones ambientales los sufre la gente más pobre”*. (Papa Francisco en *Laudato Si’*)

Una política liberadora que use métodos liberadores, o sea, que use procesos que posibiliten la participación del pueblo, de abajo para arriba, y de dentro para afuera; esa política pretende otro tipo de democracia: no sólo la democracia representativa que delega (cada cuatro años tenemos el derecho de elegir un presidente y delegarle el poder, sin volver a controlarlo), sino una democracia participativa por la cual el pueblo, con sus organizaciones, ayuda a discutir, a decidir y a resolver las cuestiones sociales. En fin, una democracia socio-cósmica que incorpore como ciudadanos con derechos de ser respetados a la Tierra, los ecosistemas y los seres de la creación, con los cuales mantenemos relaciones de interdependencia. *“Un desarrollo tecnológico y económico que no deja un mundo mejor y una calidad de vida integralmente superior no puede considerarse progreso”* (papa Francisco en *Laudato Si’*)

Una política que use medios transparentes que los poderosos difícilmente pueden usar, como la verdad, la resistencia activa, la razón solidaria. Para la creación de una sociedad justa y pacífica los medios deben ser también justos y pacíficos. No vale la mentira, no vale el soborno, no vale el miedo.

Y hablamos poco de espiritualidad, como hablamos poco de conocimientos, de análisis de nuestra realidad, pero para mantenerse –con todas las dudas del mundo, y a veces con todos los temores y cansancios- en una lucha permanente, y con las manos limpias- será preciso armarse de una espiritualidad honda, que nos permita descubrir que cuando hay más dignidad y más vida en esta tierra, más nos acercamos a ese sueño de Jesús. Como hay que apropiarse de una capacidad de análisis que nos ayude a descubrir dónde se encuentra la mentira encubierta, y dónde el verdadero desarrollo, el que humaniza, el que nos permite vivir como hermanos en una tierra de todos.

JESÚS DE NAZARET (Junio de 2018)

Decían en aquel tiempo y en aquellas tierras, que para conocer a una persona había que saber de dónde era y a qué familia pertenecía.

Jesús era galileo. (Su habla lo delataba) Con toda probabilidad, no obstante lo que suele decirse, nació allí mismo, en Galilea. Galilea era una región situada al norte de Israel. Una región muy variada en su aspecto físico; incluía zonas montañosas, donde, por ejemplo, se levantaba Nazaret; suaves colinas y una gran llanura, Yisreel, verde y fértil; de las más ricas del país. Allí se cultivaban un trigo de gran calidad, cebada, un grano menos digestible -comida de pobres-, los extensos viñedos, de los que extraía un excelente vino, muy reconocido, y los olivos con los que, además de las aceitunas, se elaboraba el imprescindible aceite para las comidas y para las unciones sanadoras. Una región rica. Solían repetir los del sur: *“Si quieres hacerte rico, vete al norte; pero, si quieres ser sabio, ven a Jerusalén”*.

Una región rica, pero, como casi siempre, rica para unos pocos que disponían de grandes extensiones de terreno, porque la gran mayoría eran pobres, que se veían obligados a tomar en alquiler las tierras que les dejaban los grandes propietarios. Luego deberían entregarles la mitad de la producción, pagar los impuestos que los recaudadores exigían sin demora, amén del diezmo al templo de Jerusalén y demás tasas. Así que, una gran parte de la población vivía ligada al campo.

En esa zona llana se encontraba también el Lago de Genesaret, o mar de Galilea: un lago de agua dulce abundante en especies de peces. Cercanas al lago se encontraban tres ciudades cuyos nombres nos suenan: Cafarnaún, Magdala y , más tarde, Tiberíades. (Ésta fue construida en honor al emperador Tiberio en tiempo de Jesús. Ya sabían los galileos quién era el amo) De ahí vivían las familias de los alrededores. Con artes muy rudimentarias. También aquí había diferencias: unos disponían de una pequeña barca que les permitía adentrarse en las aguas del lago; los más, pescaba desde la orilla. En el año 63 antes de Cristo, Pompeyo entra en Jerusalén y conquista Palestina: desde ahora tendrá nuevo dueño.

El imperio romano convierte aquella en una más de sus grandes posesiones, que van desde Mesopotamia hasta Hispania (España), desde lo que hoy es Centroeuropa, hasta Egipto, África. La tierra palestina se convertirá en adelante en una de sus provincias. Roma, siguiendo su costumbre, nombra a uno de sus fieles para que mantenga el orden en su nombre, cobre los impuestos y aplaste cualquier posible levantamiento. Ahí hay que situar a Herodes el Grande como rey: un hombre cruel y sanguinario, siempre temeroso de que alguien le derribe de su trono. Esa obsesión lo llevó a asesinar a su esposa, a su cuñado, a su suegra, y finalmente, a sus tres hijos. Cuentan que el emperador Augusto bromeaba, utilizando un juego de palabras en griego: *“Prefiero ser puerco de Herodes (Hus) antes que hijo (Huios)”*.

Era el rey ideal; sin escrúpulos, vendido al emperador de Roma, capaz de aplastar cualquier intento de levantamiento, de lujosa vida, de palacios, de fiestas y de juegos: para agradar y halagar al emperador ordena levantar una admirada ciudad: Cesarea del Mar, en honor al César. También reconstruyó el templo de Jerusalén, pero, cuando un grupo de cuarenta jóvenes judíos derribaron el águila imperial que Herodes había colocado sobre el pórtico del templo, no dudó en quemarlos vivos.

Jesús no conoció a Herodes: estaría aprendiendo a dar los primeros pasos cuando el rey murió, pero sin duda oyó contar sus historias y supo pronto cómo se las gastaban los poderosos. Por eso, cuando les diga a sus amigos *“vosotros no hagáis como ellos”*, sabía de qué hablaba. Y cuando se refería al grano de trigo, o a la red de

Reflexión por Padre José Antonio Noval en el taller de Fe Y Política, realizado 22 y 23 de junio en México.

pescar, o al pastor que defiende a sus ovejas, estaba dejando claro de dónde venía, cuál era su tierra y cuál su cultura, y cuál la de la gente que le seguía.

También esto explica que hoy se coincida en afirmar que toda Galilea constituía un enclave de gente rebelde, (el propio papa Benedicto XVI en su Cristología resalta que dentro del grupo de Jesús andaba gente armada) opuesta a la presencia de Roma en sus tierras. Sus tierras, que ya no eran suyas, eran de los romanos. Porque se consideraban sus dueños. Por eso se permitían el lujo de distribuirlos, dando grandes extensiones a los funcionarios, a los militares o a sus propios familiares y amigos. Los campesinos se veían obligados a adquirirlas en alquiler, teniendo que pagar con la mitad de la cosecha, más los impuestos al imperio, más los diezmos al templo, más las tasas por todo... Jesús sabía de qué hablaba cuando se dirigía a su gente y les contaba acerca de un recaudador, de un administrador que exigía cuentas a sus campesinos, o de los obreros que buscaban trabajo en las plazas, esperando que el capataz los contratase por lo que fuera.

Sabemos, pues, de dónde era este hombre. Pero desconocemos casi todo sobre su familia. Su padre debió de ser un artesano, uno de esos hombres curiosos que hacen un poco de todo. Muy pronto dejan de hablar de él los relatos evangélicos, lo que hace suponer que pudo morir muy joven. Se supone que Jesús heredaría su oficio, como era la costumbre entonces. De su madre se cuentan algunas cosas en diferentes momentos, y diríamos que, hasta el final, su vida estuvo próxima a la de su hijo.

Conocemos muchos aspectos de la vida y cultura de aquel pueblo, y sabemos qué significaba la mujer en aquel tiempo y en aquel país. Las ciencias que estudian las culturas y las distintas sociedades, los arqueólogos y antropólogos, los historiadores, nos permiten conocer en profundidad cómo vivían, pensaban y creían aquellos pueblos. En concreto, sabemos cómo era menospreciada la mujer, casi siempre analfabeta, encerrada en sus casas, dedicada por entero al marido; mientras era soltera, pertenecían al padre; cuando se casaba, pasaba a pertenecer al marido. Su testimonio ante un tribunal no tenía ningún valor por ser consideradas embusteras por naturaleza. Su nacimiento era considerado una desgracia para su padre, que se enorgullecía del nacimiento de un hijo varón. Los maestros en la ley enseñaban cosas como éstas: *“Que las palabras de la Ley sean destruidas por el fuego, antes que enseñarlas a las mujeres”*. “El mundo no podría existir sin varones y sin hembras, pero ¡feliz aquél cuyos hijos son varones! Y ¡ay de aquel cuya descendencia son hembras!”. El nacimiento de una *niña “es una semilla desperdiciada”*. Las mujeres oían rezar a los varones tres veces al día, dando *gracias “porque me has hecho hebreo, no me has hecho mujer, no me has hecho ignorante”*.

Sin embargo era la madre la encargada de educar a sus hijos. ¿Cuándo Jesús da gracias al Padre *“porque ha ocultado estas cosas a los sabios y estudiados y se las dio a conocer a la gente sencilla”*, estaría recordando lo que su madre creía y expresaba en su canto *“derriba a los poderosos de su trono y eleva a los humildes”*?

Pero este Jesús de carne y hueso, el Jesús de Nazaret, galileo, provinciano del emperador Augusto, no es el primero en la historia. Antes que él, ya habían existido y habían dicho muchas cosas que hoy conocemos. Ya habían vivido Buda, y Confucio y Platón y Aristóteles. Y Lao-Tse, y Jeremías e Isaías y Oseas... Platón ya había dicho, cinco siglos antes, que *“una persona buena es aquella que prefiere sufrir la injusticia antes que infringirla”*. En el siglo XX, nuestro Ortega y Gasset, no creyente, va a decir que *“el premio máximo y único al que cabe aspirar en la vida es éste: poder irse tranquilo porque no se ha hecho daño a nadie”*. Desde todos los rincones de la tierra han surgido voces que han hecho crecer a esta humanidad y la han ayudado a ser cada vez más humana...

En esa larga Historia en la que andamos embarcados, no sabemos desde cuándo, hay una norma que se viene manteniendo –sin duda, desde mucho tiempo antes de Jesús–: *“No matar, no mentir, no robar, no cometer*

Reflexión por Padre José Antonio Noval en el taller de Fe Y Política, realizado 22 y 23 de junio en México.

abusos sexuales". Quiero decir con esto que estas normas han sido las que han hecho que esta historia llegase hasta aquí. Y ha habido mucha gente que ha soñado todos sus días con que estas leyes no se quebrantaran y con que algún día fueran respetadas por todos. Ciertamente que todos los días vemos cómo se pisotean, y se mata y se roba y se engaña y se abusa de todas las formas, pero siguen siendo normas para este mundo, y seguro que se siguen enseñando...

Antes que Jesús ya se había dicho aquellos de *"no hagas a otro lo que no quisieras que te hicieran a ti"*. Jesús va a tomar la fórmula y la va a redactar de otra manera: *"Traten a los demás como quieren que los demás les traten. En esto consisten la ley y los profetas"*. (Mt, 7.12). Jesús no trae una nueva religión. Él sigue siendo un judío, pero regresa a los antiguos profetas y trata de no quedarse en la superficie. Observa la vida y extrae las consecuencias. Sin duda, conoce antiguos textos como estos del gran Isaías: *"El Señor viene a entablar un pleito con los jefes y príncipes de su pueblo. Ustedes tienen en casa lo robado al pobre. ¿Qué es eso? ¿Con que derecho aplastan a mi pueblo y pisotean la casa de los pobres?"* (3, 15 ss). *"¡Ay de los que añaden casas a casas y juntan campos con campos, hasta no dejar sitio y vivir ellos solo en medio del país! Soy testigo; lo ha jurado el Señor: sus muchas casas serán arrasadas, sus palacios magníficos quedarán deshabitados"* (5, 8). O éste de Amós: *"A Israel no lo perdonaré, porque venden al inocente por dinero y al pobre por un par de sandalias"* (2, 6).

"El ayuno que yo quiero es éste: abrir las prisiones injustas, hacer saltar los cerrojos de los cepos, dejar libres a los oprimidos, romper todos los cepos; compartir tu pan con el hambriento, hospedar a los pobres sin techo, vestir al que ves desnudo y no despreocuparse de tu hermano". (Isaías, 58, 6-7). Jesús conoce aquel verso del Génesis: *"Y creó Dios al hombre a su imagen; a imagen de Dios los creó, varón y hembra los creó"*. (1, 27).

La conciencia de Jesús fue creciendo como crece la nuestra, la de la humanidad entera. Y Jesús, en consecuencia, vive y actúa: Trata a todas las personas con el respeto que merece su dignidad, por venir de donde vienen, por ser quienes son. Y acoge a todo hombre a toda mujer que se le acerca sin distinción. Será por eso que aquel grupo de seguidores más próximos está integrado por varones y por mujeres, algo totalmente extraño y ajeno a la forma de pensar de aquel tiempo y de aquella cultura.

Con una sensibilidad especial frente a tres necesidades concretas: el hambre, la enfermedad, la exclusión social: los escritos evangélicos lo ponen de manifiesto. Y es en torno a todo esto como Jesús va construyendo poco a poco su grupo, su comunidad, a la que encarga de difundir esa manera de entender las relaciones humanas, ese sueño de un mundo más humano y distinto.

Y partiendo de la observación de su entorno histórico, donde quienes gobiernan tratan a sus pueblos como si fueran sus dueños, pisoteando a sus gentes, presenta a sus amigos un nuevo concepto de lo que debe ser el poder, cómo ejercer la autoridad: El poder es un servicio. Gobernar es servir. (Minister significa servidor, aunque nuestros ministros creen que significa ser servido). Y servir es amar. Y el amor no se cobra, no exige reconocimiento, no pasa factura, no tiene que ser necesariamente agradecido. Se ama porque se ama y se sirve porque en eso radica el verdadero poder.

En el lenguaje evangélico se resalta la idea de que la nuestra tiene que ser mentalidad de sembrador, no de cosechador. Que me lo reconozcan y agradezcan y acabe venciendo y obteniendo resultados, forma parte de la mentalidad del cosechero. Lo nuestro es sembrar, porque en conciencia estamos convencidos de que es lo que hay que hacer. Los resultados ya no nos pertenecen...

Reflexión por Padre José Antonio Noval en el taller de Fe Y Política, realizado 22 y 23 de junio en México.

Y quiero terminar con una idea que acompaña y da sustento a todo lo anterior. En el siglo XX vivieron dos filósofos alemanes, muy anclados en la filosofía marxista, a los que les unía una gran amistad: Herbert Marcuse, de ascendencia judía, cuyas obras leíamos allá por los años 60, cuando estaban en plena efervescencia el movimiento Hippy y el mayo del 68. El otro era Jûrgen Habermas, más joven, vive todavía y hace unos años fue premio Príncipe de Asturias. Durante años discutieron sobre cuál es el fundamento de la ética, del comportamiento humano. Cuando Marcuse vivía ya la última etapa de su vida, Habermas iba a cuidarlo. Un día cuando Habermas llegó a su casa, Marcuse le gritó con un gran entusiasmo: *“Jûrgen, ya sé en qué se fundamenta la ética”. ¿En qué, Herbert?”. “En la compasión”.*

Hace veinte siglos que aquel pobre hombre de Nazaret, aquel pobre fracasado, que no dejó nada escrito, - posiblemente porque no sabía hacerlo- dejó claro con su vida de cada día qué era lo que le había empujado a tocar a los leprosos, a rodearse de pobres ignorantes, a acoger y devolver la dignidad a los expulsados de la mesa de la vida, a sentir hambre y sed de justicia, a llorar con los que lloran.

En 1974,- yo recuerdo por dónde andaba- Billy Brandt, cabeza del Partido Socialdemócrata de la República Federal de Alemania, ganó las elecciones con el lema *“La compasión”*. Los Cristianodemócratas llevaban como lema *“La economía”*. Brandt decía entonces: *“No, si en economía vamos muy bien. Pero no nos miramos los unos a los otros. No somos compasivos”*. Y ganó las elecciones con una mayoría que nunca más volvió a ser alcanzada.